

para formar de los gemidos de muchos un solo gemido, de muchas voces una sola voz, de muchas adoraciones una adoración sola, que con suave y poderosa eficacia incline el pecho benigno de Dios á que nos haga mercedes.

»Conforme á esta costumbre había en la Iglesia otra no menos antigua, de no consentir en cada templo sino un solo altar, la cual observaron los latinos hasta el siglo VII, y aun hoy día conservan los abisinios, moscovitas y orientales.»

—Se cansa usted en vano, señor coronel, dijo el Licenciado, porque estas señoras rezanderas son las más tontas y las que menos entienden su religión. Reniego yo de todas estas beatas exteriores.

—Reniego yo de usted, demonio de hablador, contestó prontamente doña Eufrosina; ¿siempre ha de ser usted en contra de nosotras? Para usted no halla medio una mujer. Si es alegre, si baila ó se pasea, dice que es libertina, loca y disipada; si por el contrario es devota y recogida, luego la califica de beata, tonta y devota exterior. Conque ¿qué haremos las mujeres para agradar á este malvado Nariguetas y libertarnos de su lengua venenosa?

—Fácil es la respuesta, decía el Licenciado; lo que hay que hacer es ser alegres sin coquetería, francas sin locura, virtuosas sin hipocresía y devotas sin supersti-

ción; pero como yo no he conocido ni una mujer que tenga tantas recomendables circunstancias, sino todas ellas malas por un camino, peores por otra y detestables por todos, cargaría mi conciencia si hablara bien de las mujeres... ¿qué es hablar? si pensara siquiera que había ni una sola buena; sí, ni una sola entre cuantas el sol calienta; antes tengo entendido, y en esta fe y creencia protesto vivir y morir, que vosotras sois la canalla peor de todo el mundo y sois lo mismo hoy que seis mil años hace. Es decir, que siempre habéis sido malas, malísimas y peores de lo que parecísteis á Ovidio, á Séneca, á Cátulo, á Horacio, á Virgilio, á Tibulo, á Propercio y á cuantos autores antiguos y modernos han mal empleado el tiempo y sus plumas en hacer vuestros parecidísimos retratos...

—¡Ya escampa, hermano! dijo Eufrosina; ¿qué le parece á usted y cómo honra este deslenguado á las mujeres? Muy agraviado lo tienen sin duda. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de apetecer á usted, demonio, tan viejo, tan feo y tan hablador? Bien que usted sabe cuándo y con qué mujeres se explica de ese modo. Sólo acá y con nosotras; á fe que con Pachita la huera, con la marquesita de... con la hija del contador y con otras así, todo se vuelve usted mieles y zalamerías... adulador, embustero.

—Es verdad que á esas señoras las trato con lo que



llaman política, respondía el Licenciado; pero eso es porque las quiero menos que á usted.

—¿Conque á quien quiere usted más le dice más claridades?

—Sí, á quien estimo de veras siempre trato de hablarle la verdad, y si puedo procuro sacarlo de sus errores.

—¿Pues en qué errores me ve metida? Yo no me tengo por ilustrada ni por sabia; pero tampoco soy muy ignorante: sé muy bien dónde me aprieta el zapato; si ya no es que usted tiene por error el que yo y mi hija nos hayamos separado de las tertulias y bureos, el que frecuentemos los templos, el que confesemos, que recemos... en fin, el que tratemos de mudar de vida y buscar á Dios.

—No, no, señora, decía el Licenciado; yo no puedo calificar por yerro la virtud. Todo eso que usted dice es muy bueno, cuando se hace como se debe hacer; pero cuando no, cuando un humor extravagante y no la gracia divina nos hace parecer virtuosos, entonces nuestra devoción es falsa, no merece otro nombre que el de gazmoñería, y por consiguiente nos hace incurrir en mil errores. Usted y otras beatas como usted creen que la virtud consiste en no quebrantar los mandamientos descaradamente, en rezar mucho, en ir á las iglesias donde hay música y en ser insociables, fanáticas y simples.

Persuadidas con estos bellísimos principios, quebrantan en uno todos los preceptos del Decálogo, se hacen unas hipócritas alucinadas, unas vagabundas de iglesias, sempiternas habladoras de virtud, odiosas á los suyos y despreciables á la misma sociedad en que viven. No es ésta una pintura exagerada de nuestras beatas, es un retrato fidelísimo de ellas. Yo no veo por ahí otra cosa que viejas y aun mozas aturdidas que hacen consistir la virtud en meras exterioridades, al tiempo mismo que ignoran cuál es su religión y el grado de obligación que les imponen sus suaves preceptos.

Yo pudiera decirle á usted mucho sobre esto; pero sé que no me ha de oír con gusto; y así, sólo le digo que cumpla exactamente los diez preceptos del Decálogo, y no hará poco; cumpla con las obligaciones de su estado; conforme su voluntad con la de Dios, y créame que será verdadera virtuosa, su devoción será legítima y no contrahecha, y aunque no rece una novena en su vida, se salvará lo mismo que San Pedro; mas si, por el contrario, usted no cuida de observar los preceptos de nuestra ley divina, si se desentiende de las obligaciones que le impone su estado, si sólo quiere hacer su gusto por capricho, sin sujetarse al dictamen de un prudente director espiritual, incurrirá en mil errores pecaminosos, se obstinará en ellos, se hará una completa alucinada, faltará mil veces al amor de Dios y del prójimo, y de consiguiente, si



la sorprende la muerte en este infeliz estado, se irá á los profundos infiernos atestada de novenas, camándulas, escapularios, medallas, confesiones y comuniones.

No crea usted que estas son mis cosas, como usted dice; son cosas muy ciertas é infalibles. La falsa devoción, especialmente entre las mujeres, es muy común: sois extremosas, no hay remedio; si dais en malas, el mismo Barrabás no os iguala, y si dais en parecer buenas... en parecerlo digo, entiéndame usted, si dais en esto, sois supersticiosas, exteriores, monas y ridículas hasta no más... ¡Fuego, y qué sexo tan endiantrado es el vuestro, que con dificultad se contiene en los medios, sino que casi siempre declina hacia los extremos! Ten cuidado, Dionisio; ten cuidado con tu mujer ahora que aparenta santidad. Ya sabes, ¿eh? ya sabes que de éstas que no comen miel, libre Dios nuestros panales. El diablo son estas santurronas, falsas devotas y verdaderas hipócritas; cuenta con ellas.

—¡No fuera malo que usted la tuviera con su lengua; mordaz, faceto, malcriado!...

Así se explicaba doña Eufrosina, llena de enojo contra el licenciado Naricés; pero éste con mucha sorna le decía:

—¿Qué tal? ¿me engaño en mi juicio, señoritas? ¿Ve usted y qué pronto se le exalta la bilis y cómo se des-

ahoga de la manera que puede contra mí? Pues á fe que ese enojo ¡maldita la prueba que hace de la virtud de usted! El mismo día que ha comulgado se irrita contra quien le da una lección moral, lo mismo que si le hiciera un agravio. ¡Comuniones, ¡ah! rezos, novenas, trisagios, jubileos, visitas de cinco altares, oración mental, etc, etc.; pero la soberbia en su lugar, el rencor con el prójimo lo mismo, y todo lo demás *idem* compuesto de *is!* Esto se llama, señora, traer el rosario al cuello y el diablo en la capilla.

—¡Qué buen predicador va usted saliendo! Yo creía que sólo mi cuñado tenía esa gracia.

—No, mi señora, yo también la tengo cuando quiero. Sé predicar; pero lo peor es que para usted predico en desierto. Tú, Dionisio, hijo, que me escuchas con tu acostumbrada calma, péntrate de mis razones; no te dejes alucinar de tu santa mujer; ponte los calzones; haz que cumpla con sus obligaciones; que atienda, que cuide de su casa y de sus criados; que no sea mitotera ni vagabunda á lo divino; y si no se reduce por bien, palo con ella, que buenos lomos tiene...

—¡Miren qué maldito Nariguetas! decía Eufrosina montada en rabia; ¡groserón, malcriado, indecente! Todas las cosas de usted se le parecen; ¡miren qué consejos tan endiablados le da á Dionisio! ¡Ya se guardará de tomarlos! Sí, ¡pobre de él, si el diablo lo tentara á impedirme mi



gusto, ni tocarme un pelo, que buenas uñas tengo para defenderme en ese caso!

Apenas dejó de reñir doña Eufrosina, cuando tomó la palabra la tía doña María, y dijo:

—No hay que hacer; los tiempos están perdidos; ya no solamente faltan los buenos cristianos de marras, sino que se enfurecen contra los que quieren serlo. ¡Si digo yo que este señor Licenciado, con perdón de ustedes, ó es hereje ó no le faltan dos deditos! Abrenuncio: ¡Dios me libre de estos sabiondos del infierno! salvo sea el lugar...

Diciendo esto, se persignaba muy seguido.

Cosquillas le hacían al Licenciado con estas cosas, y más se reía cuando, para coronar la fiesta, dijo Pomposita:

—Mamá, tía, cállense la boca: no hay que incomodarse demasiado con este buen señor, que Dios perdone, así como debemos perdonarlo. Jamás han faltado en el mundo perseguidores sangrientos de la virtud. ¡Qué baldones, qué injurias y denuestos no sufrieron por ella los Franciscos de Asís, los de Borja, los Juanes de Dios, los Estanislao Kostkas?... pero ¡qué más! al Maestro de la virtud, á la misma Santidad, á Jesucristo, ¿no lo trataron de hechicero y sublevador de la república, sometida al imperio del César romano? ¿y por estas execrables calumnias no lo hicieron morir en una cruz? ¿Pues qué

hay que admirarnos de que este caballero nos insulte por esta misma causa? Lo que debemos hacer es seguir impávidas con paso firme el camino comenzado, sin escuchar los silbos de las serpientes ni los cantos de las sirenas de este mundo. Armémonos, mamá y tía mía; armémonos de fortaleza en el Señor, y digámosle siempre, con el Santo Profeta rey, que nos libre del hombre inicuo y engañoso, *ab homine iniquo et doloso libera me*, acordándonos con el profano Horacio de que el que quiere llegar á la meta ó término de la carrera tiene que sufrir y vencer mil obstáculos.

Esto es, señores, lo que me parece conveniente decir á ustedes en descargo de mi conciencia; pues, no porque presuma enseñar á ninguno, no. ¡Dios me libre de semejante presunción! está mi humildad muy lejos de esta arrogancia, soy hartó frágil, soy polvo deleznable, soy la tierra que todos pisan; pero como humana, me lastiman las injurias hechas á mi mamá; sin embargo, yo por mi parte las perdono.

El discurso pedante é hipócrita de Pomposa hubiera seguido, si diera lugar el Licenciado con su risa burlona, que fué tanta, que no pudiendo refrenarla, se levantó de la mesa y se fué á tirar á un canapé, apretándose la barriga, lo que aumentó la cólera de nuestras beatas.

Pomposita y su madre se retiraron enojadas, y la tía